

de que el psicoanálisis tiene, en su misma contextura, un almacén de anfractuosidades, de ésas que detecta en el mundo de las almas ajenas).

No. Me refiero a la meditación del psicoanálisis acerca del pecado original, es decir de la deuda simbólica que todo hombre tiene hacia los demás. La vida se nos impone por violencia: existimos porque a alguien se le ocurre que debemos existir, no porque lo decidamos nosotros. La vida se nos impone como un deber: debemos la vida. Y, puesto que ella es mortal, debemos también la muerte. Como decían los gauchos de aquél que había matado. Al querer vivir esta vida mortal, queremos morir y tenemos el deber de hacerlo.

Esta doblez del deseo (Eros es Tánatos) puede constituirse en punto de partida de una ética psicoanalítica. No me refiero a una ética concreta y preceptiva, a un código ético, a un repertorio de buenas maneras, buenas palabras y buenos sentimientos, sino a una investigación acerca de la «naturaleza» ética del hombre, ya que sabemos que el hombre es el único animal que es moral por naturaleza.

¿Qué tiene que ver el deseo con el bien? ¿Qué decimos cuando juzgamos que algo es bueno, es decir, qué deseamos decir al expresar ese *désir*? ¿Es la selección equívoca de objetos que practica el deseo un acto ético, puesto que escoger es desdeñar, o sea valorar? ¿En qué espacio del querer se sitúan los valores hacia los cuales se encamina un deseo que no sabe lo que quiere?

Cuando digo: quiero volver a donde nunca estuve, quiero llegar a ninguna parte, quiero decir lo indecible, quiero ser lo imposible, también diseño unos mandatos éticos, que me definen por la impertinencia entre deseo y objeto. Tal vez sea llegado el momento de pensar en esta moral de lo impracticable, que genera tantas prácticas, de este bien que todos queremos y que realizamos tan mal. Si el hombre es un animal imposible, ahondar en sus imposibilidades es humanizarse cada vez más, intensificar su ser, mejorar su *eidos*. Sí, el psicoanálisis, aunque no sea una moral, es una ética. Si no fuera más que para fundar esta conclusión, bastaría el mérito de este reading: señalar una nueva tarea a la ya centenaria costumbre de escuchar y descifrar.

Blas Matamoro

Revisión de Salvador Rueda

Si se tiene en cuenta la relevancia que tuvo en su día la obra poética de Salvador Rueda, el olvido que sobre ella ha recaído puede parecer sorprendente. Pero si se examina con más atención la circunstancia, el hecho resulta perfectamente explicable, en coherencia con los usos y los modos de nuestra vida literaria. En ella es normal el repetir

las mismas opiniones sin que nadie se tome la molestia de comprobar si se corresponden con la realidad. Y sucede que en el caso de Rueda, como estas opiniones le eran adversas, su causa parecía ya sentenciada.

Un crítico tan poco convencional como Cernuda, es quizá quien de manera más expeditiva ha venido a cerrar toda posible revisión al afirmar que Rueda, sin actualidad y sin resonancia, sólo mantiene un interés histórico. Por su parte, el profesor Cuevas, que ha preparado la extensa antología¹ que hoy comentamos, tras un estudio muy cuidadoso y ponderado, disiente de la opinión de Cernuda, estableciendo que no cree en absoluto que Rueda sea un poeta arqueológico e inactual.

Antes de proseguir quizá convendría dilucidar en qué consiste la «actualidad» de un poeta o de una poesía. ¿Se mide ésta por el veredicto de los doctos? ¿Es el interés de los lectores el que la acredita? Más bien parece lo primero, dado el escaso público que tiene la poesía en nuestro país.

Con esta aclaración queda a su vez determinado el alcance de esa actualidad, que tiene siempre una manifestación muy específica y restringida. Sobre todo si se trata de un poeta ha tiempo muerto, sin herederos influyentes y sin significado político alguno. Por ello, debemos ser sinceros y reconocer que cuando un poeta de estas características obtiene algún tipo de actualidad, ésta es más «proclamada» que efectiva. Pues se reduce, en realidad, a una cuestión de profesores y eruditos, con una eventual prolongación protocolaria. Y ya podemos darnos por satisfechos si los manuales rectifican en algún punto los consabidos tópicos y los profesores sus consagrados estereotipos. Así que el tema de la «actualidad» no debe magnificarse más.

De todos modos debe indicarse que Rueda era objeto de un olvido injusto. Nada se editaba de su obra, y por ello ni siquiera los lectores —si es que un poeta los tiene— podían hacerle justicia. Es cierto que esta poesía ofrece hoy dificultades para ser aceptada, por su lejanía de los gustos actuales. Y es por ello por lo que su apreciación exige un camino de acercamiento, algo así como un método. Por consiguiente, nada más sencillo que partir de una aseveración tautológica, pero operativa. Y esta tautología consiste en aceptar que la poesía de Salvador Rueda no puede ser otra cosa que la poesía de Salvador Rueda, y conforme con esta identidad debe ser juzgada. Hay, pues, que valorarla por lo que en ella se nos ofrece, y no comparándola con la de otros poetas. Abordarla con los criterios y prejuicios que caracterizan a lo que Anderson Imbert denomina el «método dogmático», es decir, con la actitud de aquellos críticos que «juzgan con un criterio ya establecido, inflexible y autoritario», puede conducir al rechazo de esta poesía de una manera totalmente incomprensiva. Tal vez en este caso fuera de alguna utilidad que el lector practicara ante ella una especie de «epojé», tal como lo recomendaban los fenomenólogos, olvidando por unos momentos lo que poco o mucho que pueda saber acerca de este poeta, y se disponga a leerlo sin prejuicios. Necesariamente, el lector procederá a seleccionar entre los poemas que el profesor Cuevas ofrece ya seleccionados, pues pocos poetas como Rueda exigen la antología. Su abundancia nos desborda y su aparente facilidad opera en contra del propio poeta.

¹ Canciones y poemas (Antología concordada de su obra poética). *Selección, texto, ensayo introductorio y notas de Cristóbal Cuevas*. CLI + 1.050 páginas. Fundación Areces, 1986.



Como se ha dicho, de Rueda nada se publicaba desde hace algún tiempo. Por ello, con ocasión del cincuentenario de su muerte, la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga creyó que no se podía aplazar por más tiempo la publicación de una vasta muestra de su poesía, para conocimiento de los nuevos lectores. La tarea, encomendada a la reconocida competencia del profesor Cuevas, catedrático de Literatura de la Universidad de Málaga, ha resultado lo mejor que se podía esperar dada la dificultad del empeño. Y junto a esa vasta muestra, que ocupa más de mil páginas, Cuevas nos ofrece también una completa revisión crítica, capaz de suscitar en otros estudiosos una labor de investigación que, en realidad, está toda por realizar.

Nos hemos referido antes a que Rueda exige la antología, aunque quizá hubiera sido lo ideal, si ello fuera posible, el haber reunido su poesía completa. Pero tal empeño —y así lo reconoce Cuevas, que tiene motivos para conocer su imposibilidad— es por el momento impracticable. La abundancia de esa poesía, su dispersión, las múltiples variantes y evidentes desigualdades, son todos factores que se concitan para que así sea. La publicación de la obra completa de Rueda exigiría quizá multiplicar por tres las más de mil páginas que componen esta selección.

Dicho todo lo anterior, tendré que referirme a partir de ahora al estudio introductorio de Cuevas, extenso y bien estructurado, que nos ofrece junto con la más completa bibliografía que sobre el poeta se puede aportar. Cree el crítico, en primer lugar, que para la cabal comprensión de la poesía de Rueda, es necesario un cierto conocimiento de su vida. Ello no supone que el crítico no se mantenga precavido ante los peligros de lo que se ha llamado la «falacia biográfica». Aprecia esos peligros, los tiene en cuenta; pero afirma rotundamente que la biografía de Rueda es la clave de su obra. La tesis es plausible, pues sobre ella incide también Alfonso Canales, cuando en las páginas que sirven de colofón, asegura igualmente con entera convicción que Salvador Rueda es ante todo un poeta de Málaga. «Salvador Rueda —dice Canales— fue un fruto espontáneo del paisaje que rodea la casa donde nació.»

¿Qué se puede decir de la vida de Rueda? Para empezar, que su infancia no puede ser más rousseauniana. Infancia campesina, humilde; niño soñador, atento solamente a las voces profundas de la naturaleza. Ello explicará al poeta sediento de luz y de tierra; al poeta —uno de los pocos entre los nuestros— que tiene sentidos para los seres minúsculos, para las humildes criaturas que nos acompañan en el misterio de la vida.

Luego vendrá, ya en la edad juvenil, la lectura de los clásicos, de los que siempre se considerará heredero. Y con razón, pues éstos dejarán en su poesía una marca indeleble. Y más tarde se producirá la experiencia, el impacto si así se quiere denominar, de la gran ciudad, a través de Málaga. Hoy apenas podemos formarnos una idea del asombro que causó en aquel sensible campesino de Benaque, la vida de una gran ciudad. Como todo es relativo, es necesario incluso aguzar nuestra comprensión para comprender la actividad de una capital de provincias en la pasada centuria. Sea esta actividad la que fuere, lo cierto es que a través de ella tuvo el poeta una experiencia fabulosa de la vida moderna. Por último, se debe decir que este período de iniciación se cierra con la muerte del padre, con gran significado psicológico y moral también para el poeta. En suma, todos los hechos a los que acabo de referirme pertenecen al ámbito más

delicado de la intimidad, que son el tipo de experiencias que más contribuyen a la configuración espiritual de un hombre.

Entre 1870 y 1875, Rueda se establece definitivamente en Málaga (el poeta nació en 1857). Y como se sitúa hacia 1872 la redacción del poema *El agua y el hombre*, este hecho deja en el aire la difundida opinión de que el poeta a los dieciocho años apenas sabía garrapatear su nombre. Sea lo que fuere, en 1882, Núñez de Arce, que será su protector y guía, lo llama a Madrid.

La etapa madrileña de Rueda, que será la más brillante, va a durar 37 años. Su firma aparecerá en periódicos y revistas de la Corte; pero su corazón de campesino —será el caso que se repetirá después en la persona de Miguel Hernández, con quien mantiene más de un parentesco— se rebela contra la crueldad de la vida urbana. Y aunque ya se apuntó en su momento, es interesante destacar que Salvador Rueda tiene un sentimiento de la naturaleza tan vivo y tan auténtico, que se adelanta en muchos aspectos al actual movimiento ecologista. Volveremos más adelante sobre este punto.

En lo que se refiere a su oficio de poeta, la mayor de sus obsesiones va a ser la cuestión rítmica. Su aportación en esta materia, aun siendo un tanto pintoresca e intuitiva, no por ello puede considerarse enteramente desdeñable. *El ritmo*, por ejemplo, supone un intento de innovar en un terreno en el que apenas se había aportado nada nuevo desde la época clásica.

Luego viene su agitada relación con Rubén Darío, relación amistosa y mutuamente admirativa cuando tuvo lugar el primer viaje del poeta americano a España, pero distante, e incluso enconada, a partir del segundo, que supuso, por otra parte, el triunfo sin reservas del nicaragüense en nuestro país. Como se sabe, la ruptura se produjo con motivo de un artículo de Rubén en *La Nación*, en el que vierte conceptos que a Rueda le resultan hirientes. Este distanciamiento de Rueda respecto a Rubén, dejará en el malagueño una herida nunca cerrada, además del amargo convencimiento de que se ha sido injusto con su persona y su obra.

Rueda realizará amplios viajes a América, con sentido de misión hispánica. Quizá este ingenuo pero entusiasta «hispanismo», fue el que le atrajo el título de «Poeta de la Raza», al que, por supuesto, no se debe conceder ninguna significación racista, sino que debe ser interpretado en la clave retórica que el tema del hispanismo ha tenido en tantas ocasiones. Y, por último, su regreso a Málaga, ya en los umbrales de la senectud, hay que interpretarlo como un deliberado propósito por parte del poeta de reencontrar sus raíces.

La etopeya de un poeta queda incompleta si en ella no se incluye su personalidad lírica, que es verdaderamente la que la determina. Por ello, es lógico, además de redundante, el afirmar que era el de Rueda un temperamento esencialmente poético, que él encarnaba, el arquetipo del «hombre estético» en toda su verdad. En consecuencia, Rueda ejerció de poeta sin rubor y sin concesión alguna al utilitarismo alicorto de la apocada burguesía que dio tono a la Restauración. En modo alguno se le ocurrió simular alguna condición utilitaria, a la manera moderna en la que el poeta se atribuye determinadas funciones más o menos imaginarias, para su actividad de poeta. Rueda considera su condición como un auténtico «officium», incluso con sentido soteriológico. Y el profesor Cuevas recuerda a este respecto unos versos bien expresivos de Rueda: «El mundo me enseñó que pesa tanto / como una cruz de redentor la lira». Quizá esta

solemnidad con que Rueda asume su destino, explica su falta de sentido para la sátira, pues tanto el sentido satírico como el humorístico están ausentes de su poesía. Si de algo peca su estro, es de exceso de alabanza. Rasgo que en modo alguno merece censura.

Sencillo, enemigo de toda ostentación, con un hondo sentimiento de lo popular, parco, modesto. Odió siempre el ansia de lujo de los estetas. Torpe e inhábil en el trato social, mostró en cambio una noble capacidad de gratitud hacia aquellos que le dispensaron algún favor. Pero todo ello no quiere decir que a Rueda no le gustara verse festejado como poeta y que no le doliera el olvido cuando éste recayó, aún en vida, sobre su persona. Quizá, como señala Cuevas, y sin que una cosa contradiga a la otra, por ese deseo de reconocimiento, por timidez y orgullo al mismo tiempo, «se comprende en un hombre humilde y sencillo como él, ese exceso de autoestima —síntoma evidente de inseguridad—...»

El ya señalado sentido populista de Rueda, explica algunas de las características de su poesía. Como Rueda necesita la admiración del pueblo, escribe para ser entendido por todos, en el tono retórico del que nuestro pueblo es tan devoto.

Pero hay que señalar que la parte más extensa de su ensayo la dedica Cuevas al estudio de la obra poética de Rueda. En cierto modo, y como se estableció que la biografía del poeta explica en gran medida su poesía, ésta no constituye más que el corolario de los apuntes biográficos y de carácter que ya se han señalado. Pero a esos rasgos debemos añadir algunos más. Entre ellos, su pitagorismo, es decir, su sentido del canto o de lo musical en la poesía. Rueda es, evidentemente, un poeta zorrillesco, pero con algo que el poeta castellano no tenía: sensibilidad ante la naturaleza. Rueda canta los aspectos grandiosos de ésta; pero también sabe ver y cantar sus aspectos más humildes y delicados. Es más: Rueda será siempre en el fondo un poeta romántico, con un romanticismo que modula desde las notas más tópicas y grandilocuentes de los poetas más vacuos de esta escuela, hasta los más finos tonos becquerianos. Y confieso que es esta capacidad para cantar lo humilde y lo pequeño lo que más atrae de su obra. En este aspecto puede decirse que ha sido un precursor, y no es precisamente García Lorca el que menos le debe.

Otro aspecto interesante de Rueda es su «filosofía» erótica. Si Campoamor resulta a veces cursi, Rueda, en cambio, trata el tema con una ingenua sinceridad que nos resulta simpática. Para él la relación sexual tiene una dimensión cósmica, órfica si se quiere, mística y panteísta también. La gazmoñería de su tiempo, la hipocresía de los bienpensantes —recuérdese las famosas cartas de Valera con ocasión del *Himno a la carne*— no fue capaz de apreciar en toda su hondura este aspecto de su poesía. La mujer es para Rueda el paradigma de la belleza terrena. Lo curioso es que sus biógrafos nos dicen muy poco acerca de su vida amorosa.

Muy certera nos parece la evocación spinozista en relación con lo que constituye el meollo del panteísmo de Rueda. Si la naturaleza es creadora —*natura naturans*— y la criatura es «*natura naturata*», parece obvio deducir que en la medida en que el poeta se adhiere a esta concepción, su vinculación con el catolicismo se detenía en sus manifestaciones puramente estéticas. Pero hay más, pues como escribe Cuevas, «la historia y la cultura, obra de la actividad proyectante y plasmadora del hombre» se concibe también

dentro de esta dimensión. Por ello, «desde esta nueva vertiente, ocupa un lugar importante en la lírica de Salvador Rueda el tema de las raíces geográfico-culturales del hombre, que lo sitúan en un contexto histórico llamado "patria"».

Así, su idea de España se ve ampliada por su concepción de la Hispanidad. Pero al mismo tiempo, esta idea de una patria grande no es antitética con la afirmación de su condición de malagueño, lo que explica que algunos, con evidente injusticia, sólo sepan verlo como poeta regionalista.

También señala Cuevas, como aportación novedosa que convierte a Rueda en un adelantado del futurismo, el hecho de que el poeta fuera capaz de considerar como temas poéticos a toda clase de inventos útiles.

Por otra parte, Rueda estaba convencido —él mismo podría servir de ejemplo— de que «el poeta nace». Y es lógico que Rueda pensara así dada su propia circunstancia. Pero Cuevas insiste en señalar que hay que desechar toda idea de espontaneísmo e improvisación en los poemas de Rueda. Es más; tiene especial interés en destacar su soporte ideológico. «Reflexionando en lo dicho —escribe—, comprendemos cómo, aunque la poesía de Rueda no se caracterice especialmente por sus contenidos conceptuales, sí brota de una visión filosófica del mundo y de la vida.»

También existía en Rueda un marcado afán perfeccionista, pero su capacidad creativa —y así tiene que reconocerlo Cuevas— era infinitamente mayor que sus propósitos perfeccionistas, no siempre servidos por un gusto depurado y seguro. «No pidamos a Rueda la glacial perfección parnasiana, ni el rigor del poeta metafísico, ni la exquisitez del Modernismo más quintaesenciado. Lo suyo es expresar el pánico dinamismo de la vida en versos coloristas y orquestales... El estudio estilístico de Rueda —como el de cualquier otro poeta— ha de hacerse desde la perspectiva de su propio ideal estético.» Y en otro momento, también escribe: «Toda su obra se sustenta, en efecto, sobre lo que podríamos llamar sensorialismo trascendental, en virtud del cual intenta aprehender la esencia de las cosas a través de esos signos».

Estos son, por así decirlo, los rasgos específicos de la poesía de Rueda. Quien busque en él otro tipo de poesía, ciertamente no la hallará. No tiene sentido, pues, repudiarlo por ello.

Por otra parte, Cuevas rebate la afirmación de Max Henríquez Ureña que considera que la revolución poética del malagueño no había sido «más que un reflejo de la obra de Rubén Darío». Lo cierto es que Rueda era consciente de que la poesía española de su tiempo había llegado a un punto muerto y que por ello era necesario, y con urgencia, una renovación. Aunque de forma fragmentaria y asistemática, él mismo pone las bases teóricas en *El ritmo*. En él, Rueda se muestra ansioso de crear una nueva polimetría, pues no le satisface ya el octasílabo y endecasílabo tradicionales. Rueda disputó siempre a Rubén la paternidad de sus hallazgos y en sus poemas pueden encontrarse todos los metros más típicos del Modernismo. En resumen, Cuevas resuelve esta cuestión sentando que mientras Rubén se inspira en la métrica francesa, Rueda continúa las líneas de la tradición métrica española. Y entre los resortes fundamentales de su poesía, Rueda privilegia los efectos musicales del ritmo, que se obtienen sobre todo mediante el acento.

No podía faltar una referencia al soneto, del que Rueda fue *muy devoto*. Cuevas coincide con todos los críticos, que fue en este metro en el que Rueda, obligado a limitar su natural exuberancia, alcanzó sus mejores logros poéticos.

Tampoco comparte Cuevas la extendida opinión —la sustenta Cossío, por ejemplo— de que Rueda fuese un poeta «naturalista». Y todo se deduce de las razones anteriormente resumidas.

Y en cuanto a la ya tratada relación con Rubén, ésta hay que entenderla como una convergencia y como una divergencia al mismo tiempo. Convergencia que viene determinada por el helenismo estético, por la visión panteísta de la naturaleza, por la revolución métrica; convergencia que alcanza su mayor grado de aproximación en 1892. La divergencia se producirá no sólo por motivos estéticos sino por derivaciones de talento humano. En Rueda existe una entrañable solidaridad con los hombres, que se expresará de una forma elemental, pero que le arranca de toda impasibilidad parnasiana. Y esta solidaridad se extiende también a las demás criaturas de la naturaleza. A su manera, Rueda es un poeta esencialmente «impuro». Por todo ello, Cuevas concluye que «la poesía de Salvador Rueda es el resultado de la asimilación de muy distintas influencias, entre las que el Modernismo ocupa, sin duda, lugar de privilegio».

Dedica Cuevas la última parte de su trabajo al estudio de las influencias y valoraciones estéticas. En cuanto a lo primero, en los años de su máxima potencia creadora, Rueda ejerció una gran influencia. Luego, por las causas ya señaladas, sobreviene sobre la figura de Rueda como una sombra que lo relega a un progresivo olvido, de modo que muchos poetas que han recibido su influencia, sienten rubor a la hora de reconocerla. Entre ellos, tal como se indicó, hay que señalar al mismo García Lorca y a otros poetas del 27. Pero fue a partir de la guerra civil cuando se produce como un definitivo ocaso de su prestigio. No obstante, el profesor Cuevas cree que estamos en los inicios de una recuperación, que se acelerará en la medida que ésta se vea acompañada por una cuidadosa labor de investigación, la cual está en verdad toda por hacer.

En lo que se refiere a las características formales, Cuevas señala que «tal vez la forma más evolucionada del sensorialismo estético de Rueda se halla en la sinestesia». La misma relevancia tiene la metáfora, que es, en opinión de algunos críticos, el aspecto de más validez estética de la lírica del poeta malagueño.

En cuanto al léxico, recogiendo la opinión de Clarín, Rueda posee riqueza, variedad y naturalidad; aunque deba reconocer el profesor Cuevas que el resultado artístico no siempre es feliz. En Rueda faltó siempre el sentido de la proporción, agregando, para terminar, que «aunque pocas composiciones de Rueda puedan considerarse irreprochables, tampoco hay ninguna que carezca de destellos interesantes, siendo muchas las que cautivan y conmueven por su belleza».

Antonio Romero Márquez